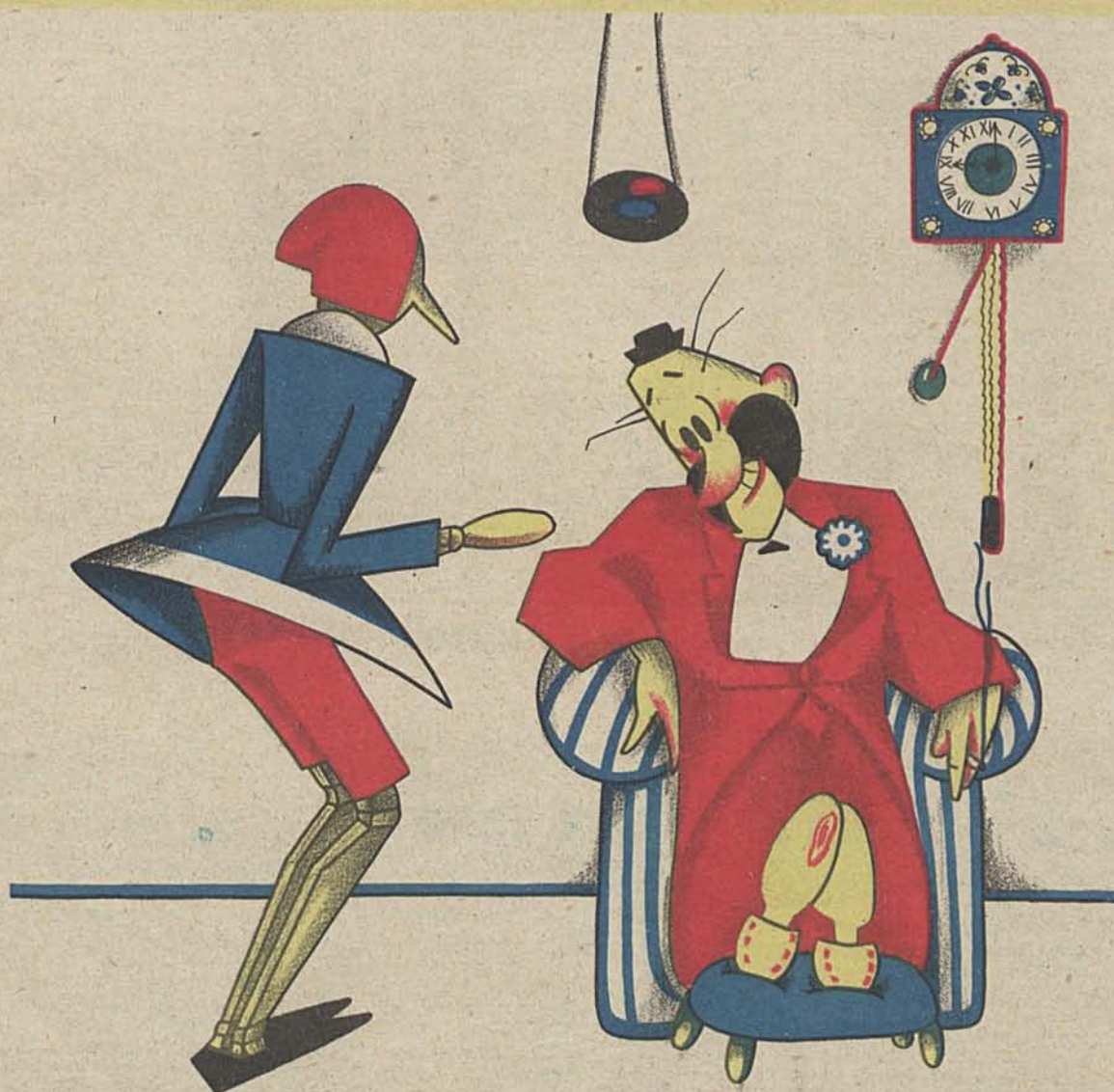


# PiNOCHO

AÑO. IV  
NUM. 165

25 cts

15 ABRIL  
1928



- ¿QUE LE PASA DON TURU? LE VEO MUY APLANADO.
- ME HAN ROBADO LA CARTERA EN EL TRANVÍA.
- ¿Y NO NOTO USTED LA MANO EN EL BOLSILLO?
- SÍ, PERO SOY TAN DISTRAIDO QUE CREÍ QUE ERA LA MÍA.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tín y Tón







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

Un cañonazo, disparado por la batería de proa del *Nebraska*, le truncó la frase.

Un grito aterrador contestó desde la bahía y se vió el bote del yate, cogido de lleno por un bote de metralla, volar hecho pedazos y después sumergirse, llevándose el cadáver de Guillermo Jones y de sus cómplices.

El sol desaparecía, todo rojo, y la noche sin transición caía con sus tupidos velos.

En aquel instante sólo unos cincuenta metros separaba el crucero de la antigua *Estrella de la Unión*; unas cuantas vueltas de la hélice y los dos barcos hubiesen chocado.

Peró de pronto el *Nebraska* se detuvo, oyóse un borbotar espumeante y ruidoso debajo de la popa, y en seguida empezó a retroceder a toda máquina.

Era ya tiempo.

Una enorme llamarada elevóse de pronto al cielo, iluminando con siniestros resplandores la bahía ya en oscuridad, seguida inmediatamente de una tremenda explosión.

En el puente del crucero, que seguía su marcha atrás, y en torno de él, cayó una lluvia de fragmentos de hierro, levantáronse oleadas violentas con gran estruendo, y poco después renació la calma.

Entonces, el señor Shaw, estupefacto y aterrado, buscó con la vista su yate. ¡En vano!

La magnífica *Estrella del mar* había acabado de existir; el océano Pacífico se había cerrado encima de su esqueleto destrozado por una mina escondida en su vientre.

El patriota americano contentóse con encogerse de hombros murmurando:

—¡Vaya un triste fin que ha venido a tener mi *Estrellital*... ¡Bah, haré que me construyan otra más hermosa todavía!...

\*\*\*

La trágica muerte de Guillermo Jones y de sus compañeros fué un golpe grave para el corazón del capitán Barenval.

Amaba de veras a aquel joven audaz e inteligente, que había asumido la empresa arriesgada de barrear la vía al enemigo, infligiéndole una pérdida sensible, y no esperaba más que su regreso para realizar la segunda y más importante parte del plan establecido.

Y, en cambio, habíase visto obligado a ver cómo se lo mataban ante sus propios ojos, sin poder hacer nada para salvarlo, junto con sus demás compañeros.

—¡Adiós, Jones! —gritó el comandante con la voz ahogada por la angustia y la ira. — ¡Pobre de los que te han matado si yo no muero! ¡Juro vengarte!

Y viendo que no había nada que hacer, agarró el timón, fijó la mirada y mandó:

—¡Máquina, avante!... ¡Poco a poco!

El torpedero, con los faroles apagados, empezó a deslizarse calladamente sobre el espejo del agua.

Parecía un gran cetáceo nadando en la superficie del mar.

¿Cuál era su meta?

Presentar batalla era lo mismo que decir: aniquiladme;

pasar a toda velocidad en medio de la escuadra era imposible; quedarse en la bahía, lo peor de todo.

Y sin embargo, era preciso salvarse; pero ¿cómo?

¡El canal entre la costa y el islote!

El torpedero dirigióse, en efecto, hacia allí, penetrando resueltamente entre las dos orillas, tan próximas entre sí que sacando un brazo por la borda podíanse tocar las rocas o arrancar alguna rama de los árboles.

Los marineros, agachados en cubierta, como en acecho, prontos a saltar en pie al primer mandato, estaban cubiertos de un sudor frío, y con los dientes apretados y los puños cerrados apenas respiraban, tan grande era la común ansiedad.

Rodolfo de Barenval tenía el rostro cadavérico, pero la mente lúcida y tranquila.

¡Ay si un pensamiento extraño a lo que estaba realizando le hubiese distraído en aquellos momentos!

Bastaba un instante de distracción para producir un desastre irreparable, pues la tentativa del jefe de los evadidos de Nou era una empresa ante la que el más experto navegante habría vacilado a arriesgarla sin el impulso de la desesperación.

Se trataba de llevar a cabo, con un torpedero de alta mar, la travesía de un canal practicable apenas por los botes, y todo el secreto del éxito estaba en la suprema habilidad del que dirigía el barco.

Estando el fondo del canal en doble pendiente ascendente hacia las dos costas, tenía la mayor profundidad de agua en el centro; era preciso, por lo tanto, no separarse ni una pulgada siquiera de la línea del centro, si se quería evitar el peligro de quedar encallado de proa sin probabilidades de libertarse por no tener espacio suficiente para marchar hacia atrás.

Por todo esto se comprende cuánta tenía que ser la nerviosidad de los tripulantes y cuanta destreza y sangre fría necesitaba el capitán.

Hubo un momento en que el torpedero parecía que le costaba trabajo seguir hacia adelante, como si alguien le tuviese agarrado por la hélice para impedirle la marcha.

El comandante sintió oprimirse el corazón y faltarle el sentido; fijó la mirada en la brújula, se agarró con extraordinaria energía a la rueda del timón y ordenó:

—¡A media máquina!

La quilla seguía rozando: era la ruina.

Entonces una angustia temible y enloquecedora se apoderó de Barenval.

¿Quedarse allí, inmóviles, impotentes, perdidos, presa segura de implacables enemigos?

No, ¡por mil demonios!, mejor reventar de una vez.

—¡Avante, a toda máquina! —gritó fieramente.

Quien hubiese podido observar su rostro habría quedado aterrado; tan lívido y espantoso aparecía.

Peró la noche habíase hecho profunda y la maza de la Isla de los Salvajes sumergíase dentro de ella, más negra y densa en el silencio.

Los marineros del torpedero sintieron erizárseles los cabellos; oyóse un chirrido continuo, un roce de planchas de



acero contra las rocas; sintieron un choque, dominado por la voz elevada y severa del capitán... y después nada.

De pronto algunos haces blancos, en forma de una larga y gran pirámide, surgieron de las tinieblas y corrieron por encima del mar, iluminándolo todo.

Era la escuadra americana que había encendido sus reflectores y trataba de descubrir al enemigo, resuelta a no dejarle un momento en paz.

Los haces de luz, después de un rápido vacilar, posáronse en la bahía, llenándola de una brillante luz.

Estaba desierta.

No os quiero decir el coro de insultos y de juramentos que se elevó en los cinco barcos.

Ignorando la existencia del canal o no creyendo posible una fuga por allí, nadie sabía explicarse aquella desaparición, que tenía algo de diabólica.

¿Habrían los piratas echado a pique su propio barco para que sus enemigos no se apoderasen de ella, refugiándose en el interior de la isla?

Esta explicación fué aceptada por la mayoría y se estaba a punto de discutir la oportunidad de desembarcar unas columnas de marineros que recorriesen toda la isla, cuando el taciturno Sudharah, que conocía la audacia de su odiado enemigo, para adoptar un partido tan mezquino y observaba atentamente el océano, lanzó un grito y extendió el brazo hacia el noroeste, diciendo:

—¡Allí, allí... mirad bien!

A lo lejos veíase un resplandor de chispas rojo de oro, semejante a una bandada de peccecitos de luz que aparecía y desaparecía a intervalos, a pocos metros de la superficie del mar.

—¡El torpedero! —exclamó Wilson, estupefacto.

—¡Se nos escapan de nuevo! —gritó Chicottry, arrancándose el pelo.

—¡Vive Dios, qué hombre! —balbuceó mister Shaw. — ¡Lástima que no sea norteamericano!...

El teniente Bonnet, ahogado por la ira y el dolor, ante aquel nuevo fracaso, dejóse caer en un asiento, y, cogiéndose la cabeza entre las manos, quedóse como aniquilado.

—¡Vive Dios! —gritó el comodoro, que mandaba la escuadra y que había embarcado en el *Nebraska*. — Disparemos contra aquellos bribones y persigámoslos.

Siguió una orden y a los pocos instantes retumbaban todas las piezas de largo alcance de los cinco barcos y un huracán de hierro atravesaba el aire.

Era un continuo elevarse de altas columnas de agua por todas partes; un caer de pirámides líquidas que no producían efecto alguno.

Entonces el malayo Sudharah acercóse con respetuosa desenvoltura al comodoro americano y le dijo:

—Es inútil que pierda usted tantos proyectiles y tanto tiempo; yo sé el lugar donde podrá sorprender a esos miserables.

—Dígalos.

—El golfo de Tomini.

—¿En la isla de Celebes?

—Sí.

Pues bien... En marcha hacia Tomini...

Y poniendo en cabeza de la escuadra al *Nebraska*, el comandante americano ordenó:

—¡A toda máquina!



*Los lúgubres discursos de mister Collap.—El sufrimiento de Barenval.—El castigo de Collap.—Madre, hija y verdugo.—El crucero incógnito.—Maud está tranquila.—El torpedo.—Extraordinario efecto de una hermosa bandera.*

Sustraído, mediante la audaz maniobra realizada por su comandante, al formidable lazo que le había tendido los cinco barcos de guerra norteamericanos, el *Torpedero de presa* ganó alta mar a una velocidad desesperada.

Lanzóse a todo vapor en dirección del estrecho de Torres, al norte de Australia, con el intento de buscar un refugio momentáneo en el golfo de Tomini, que era el único lugar de refugio que podía ofrecerle un poco de seguridad, ya que la Isla de los Salvajes no era un secreto geográfico como creía Barenval.

¿Había acertado el *arung* Sudharah, al indicar al comodoro americano la nueva ruta a seguir?

¿Sería alcanzada y bloqueada en el puerto la ágil y poderosa nave de presa?

El porvenir lo dirá.

A bordo, entretanto, Collap, Maurical y los demás esforzados y marineros ingleses estaban furiosos y alzaban al aire los puños, entre la densa obscuridad que les rodeaba, hacia la escuadra de los Estados Unidos, cuyos faroles se iban haciendo más y más pequeños, hasta parecer pequeñas llamas y puntos de fuego suspendidos en el mar.

—¡Malditos yanquis! —empezó a gritar Collap, mañificando rabiosamente enormes pedazos de tabaco—. ¡Malditos sean! Haber tenido que sacrificar por su culpa una nave tan hermosa como la *Estrella de la Unión*...

—Un yate —replicó Maurical, girando los ojos furiosos.— Un yate que costaba más de un millón...

—Y que llegó a poder nuestro por habérmolo cedido aquel millonario..

—Verdad.

—¿Cómo se llamaba?

—Shaw.

—Bravo, Shaw. Apostaría cualquier cosa que en este asunto de ahora toma parte aquel bribón.

—¡Ah, pobre *Estrellita*!

—Y perderla inútilmente.

—¿Es esto justo, Maurical?

—Ningún acorazado americano ha recibido el daño más insignificante.

—No, desgraciadamente.

—Esto me hace perder la brújula.

—Y a mí.

—Además hemos perdido a Jones, a nuestro Guillermo Jones, el más valiente timonel que jamás dirigió un timón.

—¡Qué gran desgracia!

—Sí, por mil diablos.

—Nuestro capitán no se consolará jamás.

—Sí, lo vengará de un modo... es decir lo vengaremos...

—¿Le quería mucho, verdad?

—¿A Jones?

—Sí.

—Muchísimo.

—De modo...

—Chitón, no hablemos más de Jones.

—¿Por qué?

—Porque por allí viene el comandante.

En aquel momento, en efecto, Rodolfo de Barenval se acercaba a los dos amigos tumbados en la tolda, junto a uno de los camarotes de debajo del puente, en donde estaba colocado un farol que iluminaba suficientemente aquella parte del barco sin poder ser visto desde el mar.

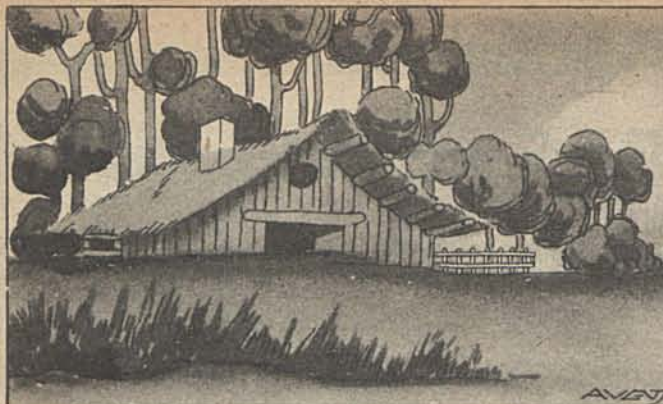
(Continuará en el número próximo.)



# DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# EL VAMPIRO DE LA SELVA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

Las selvas de América del Sur, en algunos de sus aspectos, son mucho más peligrosas que las africanas, aun cuando éstas abundan en diversidad de fieras, ávidas, especialmente, de carne humana.

El hombre que las atraviesa, a cada momento se halla expuesto a dejar la vida en ellas, pues no sólo ha de temer a las fieras, sino también a ciertas aves de rapiña peligrosísimas y aun a ciertos árboles y arbustos a cuya sombra no puede tenderse sin correr la triste suerte de adormecerse para siempre.

En 1886 hubo en el Uruguay cierta excitación entre los numerosos colonos que acudían desde Europa. Esparcida la noticia de que en las densas selvas bañadas por el Tocantín habíanse descubierto filones de oro, numerosos emigrantes abandonaban las aldeas para ir en busca de una fortuna más rápida, que les permitiera regresar pronto a la patria con el cinto henchido de pepitas de oro.

Entre los primeros en aventurarse a penetrar en aquellas selvas vírgenes, acaso nunca atravesadas antes por ningún europeo, estaban los hermanos Puñaco, dos intrépidos muchachos de poco más de veinticinco años, llenos de audacia y de valor, que habían dejado, no sin pena, su querida tierra siciliana para buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Los dos habían trabajado ya en las minas argentíferas de La Plata, y, como buenos cavadores, contaban con enriquecerse en seguida, para tornar con igual celeridad a la isla donde nacieran. Providos de un mulo, de armas y provisiones para un mes, Juan y Marcos, ahitos de esperanzas, dejaron Santa Rosa de Dilen, remontando la orilla derecha del Uruguay. Después de quince días de fatigosa marcha, llegaron sin encuentro alguno desagradable a los bordes de aquellas inmensas selvas, donde, según lenguas, había oro en abundancia. Aquello era un verdadero mar de vegetales. Árboles inmensos se inclinaban muy cerca unos de otros, enlazados por inmensas lianas y plantas trepadoras, en medio de las cuales había bandadas de papagayos verdes y rojos, y se agitaban, haciendo mil gestos, esmirriados simios, de brazos tan largos como las piernas, y llamados por esta causa monos arañas. Los dos emigrantes, al encontrarse ante aquella selva gigantesca, se detuvieron presas de una impresión profunda. Sentíanse espantados al verse tan solos, a tanta distancia del menor núcleo habitado, y no se explicaban cómo habían tenido valor para llegar hasta allí.

Mas la esperanza de encontrar pronto algún riquísimo filón de oro les devolvió la audacia, y se determinaron a entrar en la espesura en busca de un lugar a propósito para construir una cabaña y acampar.

Al cabo de un prolongado y fatigoso cami-

no a través de aquellas apretadas plantas y de raíces enormes, que hubieron de cortar para abrir paso al mulo, llegaron a un calvero circundado de magníficos cocoteros y bananos cargados de fruto.

—Aquí estamos bien—dijo Marcos—. Me parece el lugar apropiado, y acaso este suelo cubra el oro que buscamos.

Un silencio profundo reinaba en aquel claro del bosque, del que parecía huir todo ser vivo.

El primer cuidado de los mineros fué el de levantar un abrigo, cosa facilísima, pues disponían de materiales en abundancia; luego labraron un poco de tierra en que sembrar trigo y maíz, para no verse en el riesgo de morir de hambre.

Apenas terminada aquella labor, y cuando se preparaban a abrir calas en el terreno para ver si existían en él filones de oro, vieron de pronto aparecer por la orilla del bosque un indio de estatura gigantesca, con el rostro embadurnado de rojo y negro, las cejas pintadas de azul y los labios perforados para dejar ver dos enormes colmillos semejantes a los de un jabalí.

En la diestra empuñaba una especie de caña como de dos metros, y su mano izquierda apretaba un haz de flechas.

Al ver a aquel monstruoso salvaje, Marcos y Juan habían interrumpido su labor para aprestar sus fusiles, pues en aquella caña sabían ellos que se encubría una de las armas más terribles de los indios de Suramérica, los cuales, seplando en ella, lanzan flechas impregnadas del venenoso curare







—¿Qué hacen aquí los hombres blancos? —preguntó el indio con terrible acento—. ¿Ignoran, acaso, que esta tierra pertenece a los hombres rojos?

—¿Y tú quién eres? —preguntó Marcos, que se había recobrado y comprendía muy bien el español en que se expresaba el salvaje.

—Soy el Vampiro de la Selva, y si quisiera, podría haceros desangrar esta noche.

—Entonces, señor Vampiro —dijo Marcos, a quien los indios preocupaban menos que a su hermano—, puedes irte largando y dejarnos tranquilos, si no quieres probar nuestras armas.

—¿No creéis lo que os digo? —insistió el indio, lanzando sobre los dos hermanos una mirada feroz.

—Tus fanfarronadas no hacen mella en hombres como nosotros.

Silbó el indio, y al punto, del follaje de un árbol vieron salir los jóvenes, estupefactos, un murciélago enorme, de alas velludas y rojizas, que vino a posarse mansamente en un hombro del salvaje.

—Mirad el pájaro que dejará sin sangre a los hombres blancos, si no se van de estas tierras, que pertenecen a los Patalos —amenazó el indio—. Ya estáis advertidos.

Y, sin esperar respuesta, desapareció en la espesura, sin dignarse volver la cabeza una vez siquiera.

Marcos y Juan habían experimentado tal sorpresa al ver aparecer súbitamente aquel pajarraco, que ni siquiera pensaron en disparar contra el indio.

—Hermano —dijo Marcos, que era el más joven—, ¿qué piensas de esta aventura?

—Que el indio ha querido asustarnos —respondió Juan.

—¿Qué clase de bicho es ese murciélago?

—Un vampiro domesticado.

—¿Peligroso?

—Ya lo creo —repuso Juan, que se había quedado meditabundo—. Esos murciélagos, que abundan por estos parajes, cuando ven a un hombre o un animal dormido, caen sobre él, le hacen en la piel un agujerito, sin que lo sientan, y por medio de una pequeña trompa le dejan desangrado.

—¿Matan?

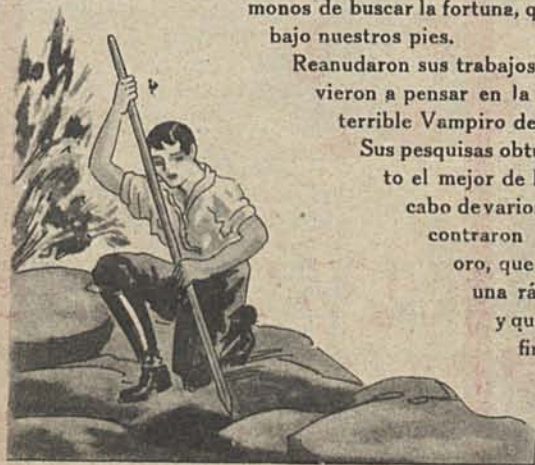
—No; pero debilitan, y si el ataque se repite varias noches seguidas, pueden lograr que sucumba la persona o animal elegido como víctima.

—¿Nos habrá amenazado en serio el indio ése? —interrogó Marcos, espantado.

—Dejemos al indio y a su vampiro, y ocupémonos de buscar la fortuna, que acaso esté bajo nuestros pies.

Reanudaron sus trabajos, y ya no volvieron a pensar en la amenaza del terrible Vampiro del Uruguay.

Sus pesquisas obtuvieron pronto el mejor de los éxitos. Al cabo de varios ensayos encontraron un filón de oro, que les prometía una rápida fortuna y que venía a confirmar plenamente los rumores propalados acerca



de riquezas fabulosas escondidas bajo el suelo de aquellas selvas vírgenes.

Habiendo encontrado a poca distancia un pequeño curso de agua, que les era necesario para lavar las arenas auríferas, los dos hermanos, ávidos de conocer la riqueza de aquella vena, entregáronse apresurados a la obra.

La producción inicial fué sencillamente fabulosa, y a la noche ambos cavadores pudieron calcular el oro extraído en medio kilo gramo, con un valor aproximado de 1.500 liras.

Ya tenían asegurada la fortuna.

Si el filón no se agotaba, en pocos meses conseguirían acumular una suma colosal.

—Volveremos a Sicilia ricos como Cresos —decía Juan, mirando con ojos satisfechos el polvo dorado, recogido en el plato de estaño, y del que escapaban leonados destellos.

—Si es que no vienen a estorbarnos —agregaba Marcos.

—¿Quién ha de venir a disputarnos esta fortuna? No hay un solo blanco cuarenta millas en torno.

—¿Y el indio?

—Se habrá ido al infierno. Ese no ha querido más que asustarnos. Pronto había de desmentirse tal certidumbre.

Después de una frugal cena, compuesta de tocino frito y pan, alimento ordinario de los buscadores de oro, y de fumar una pipa, los dos hermanos se habían refugiado en su cabaña, guardando consigo su tesoro, cuando, hacia media noche, Juan, que tenía el sueño ligero, creyó percibir rumores del exterior.

En la idea de que proviniesen del paso de un jaguar, animal tan peligroso como un tigre indio, al que se asemeja mucho, no se atrevió a abrir la puerta para cerciorarse de ello.

Pasó un rato desvelado, con el fusil a punto, y al cabo se acurrucó de nuevo para reanudar su interrumpido sueño.

¿Cuál no sería su terror cuando, al despertarse por la mañana, se vió la camisa manchada de sangre y se sintió la cara asimismo cubierta de sangre ya coagulada!

Presa de indefinible espanto, levantóse para acercarse a su hermano, pero tuvo que echarse de nuevo. Una debilidad extrema le había dejado sin fuerzas, aquellas fuerzas que tanto ánimo le habían infundido en días anteriores.

—¡El vampiro del indio! —exclamó, palideciendo—. ¡El miserable salvaje ha cumplido su atroz amenaza!

Con un esfuerzo supremo se arrastró hacia Marcos y le encontró también lleno de sangre. Por un agujerito apenas visible, abierto algo por debajo de la sien, salían aún algunas gotas.

Zarandéo al desgraciado, hasta hacerle abrir los ojos.

(Continuará en el número próximo.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿TE HAS SABIDO HOY LA LECCIÓN CURRINCHE?

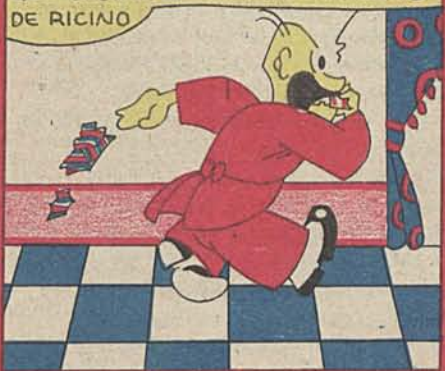
COLOSAL. COMO QUE EL MAESTRO NO ME DEJA PASAR A OTRA. TODOS LOS DIAS QUIERE QUE LE REPITA LA MISMA



BUENO; LO DEJARÉ QUE JUEGUE UN RATITO Y LUEGO A HACER PALOTES. .... ¿QUE GOLOSINA SERÁ ESTA QUE HA TRAILO?



¡CANASTOS! ¡MAZAPÁN DE FRUTAS! ¡MI DEBILIDAD! .... ME LO COMERÉ YO PORQUE ESTAS DULZAINAS ENSUCIAN EL ESTOMAGO A LOS NIÑOS Y LUEGO SE TIENE UNO QUE GASTAR UN CAPITAL EN ACEITE DE RICINO



¿QUE REGUAPO ERES, CURRINCHE! YO CREO QUE EN TU PAIS NO HAY LUZ DESDE QUE TU VINISTE AQUI!

OIGA, DON TURULATO ¿ME HA COGIDO USTED UNA PASTILLA DE JABÓN DE COLORES QUE HE TRAILO?



¿¿ QUE DICES ??

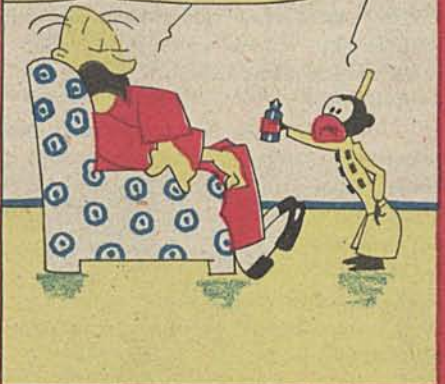
¿ JABÓN ? ¿ PERO ERA JABÓN ?  
¡ ME LO HE COMIDO ! ¡ ME MUERO !  
¡ AH, EH, IH, OH, UH !

¡ ARREA ! ¡ VOY POR EL MÉDICO, EL CURA Y EL SEPULTURERO !



TOME ; HA DICHO EL DOCTOR QUE SE BEBA ESTE JARABE DE GOMA Y QUE SUDE PARA ECHAR FUERA EL JABÓN

¡ AY CURRINCHE !  
¡ QUE CADAVERITO ESTOY !



A MI ME GUSTA EL MERENGUE

¡ POBRECILLO ! ¡ ESTÁ DELIRANDO !  
..... ¡ PERO .... ¿ QUE VEO ?  
..... ¿ ESTÁ SUDANDO GLOBITOS ? ....



¡ ELE ! ¡ QUE BONITO !  
¡ MAÑANA LE TRAIGO UNA CAJA DE PASTILLAS DE JABÓN !



YA PARECE QUE VUELVO EN MI, SI, SI, YA VUELVO..... NO HE TARDADO EN VOLVER ¿ VERDAD CURRINCHE ?

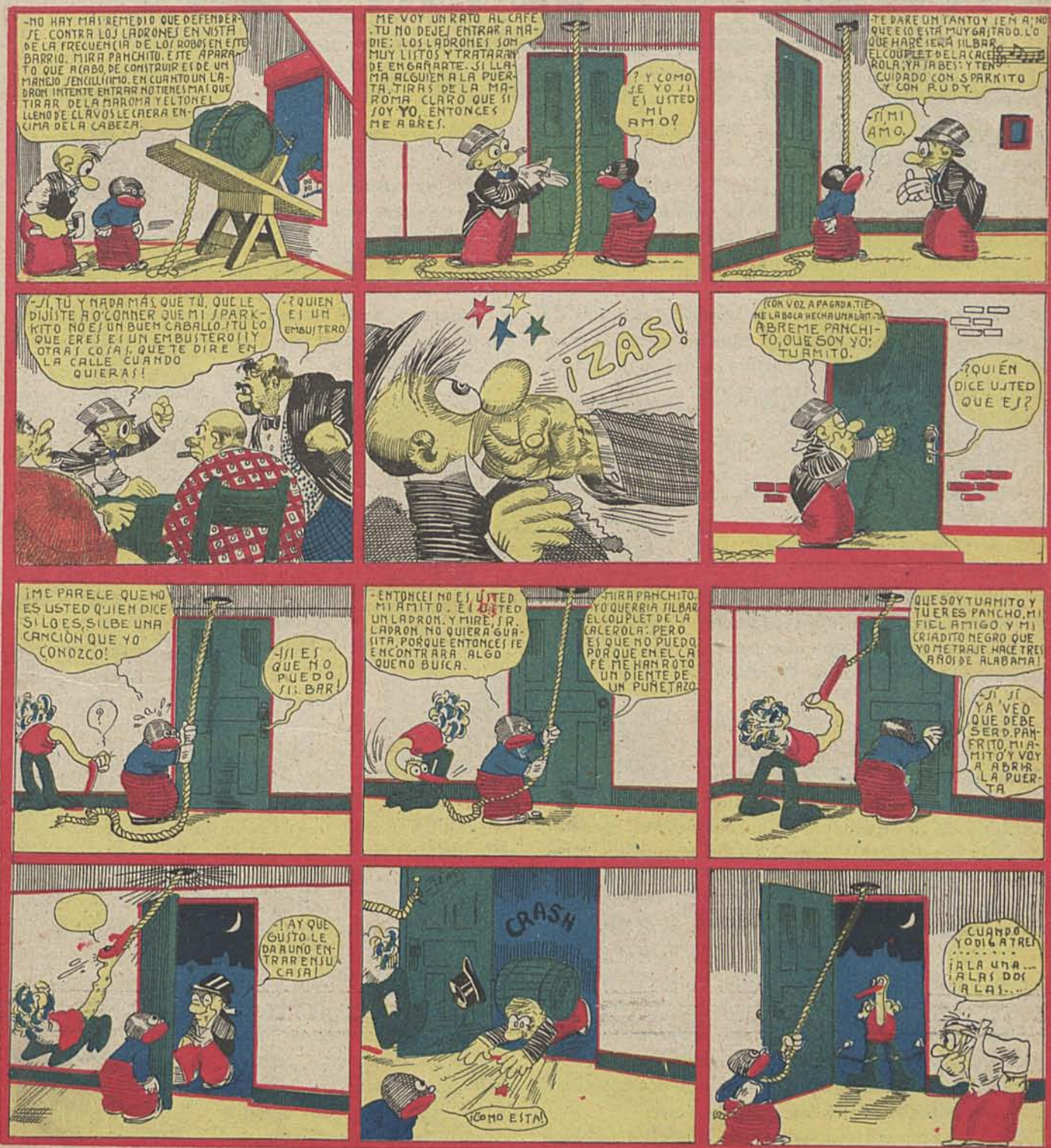
CLARO QUE NO. ESO NO ES NADA. EN CUANTO LO REPITA DOS O TRES VECES, NI LO NOTARÁ. YA VERÁ COMO SE ACOSTUMBRA







# DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL GERANIO

Castillo

**D**APÁ —dijo Inesita—, dime: ¿por qué este geranio no crece como las demás flores del jardín? Lo planté al mismo tiempo que ellas, y aunque he tenido más cuidado con él que con las otras, está raquítico y con las hojas amarillentas. Todavía no le ha brotado ni un solo botón.

Oyóla su padre con benévola sonrisa, y después de contemplar durante un instante aquella enfermiza planta, que no bastaban a fortificar los cuidados de su hija, llevó a ésta a un banco próximo, y le habló de esta manera:

—¿Quieres que te cuente la historia del geranio enclenque?

—Sí, papá: ¿pero es la historia del mío? Y, sobre todo, ¿no será tan pesada como aquella de ayer? ¿Te acuerdas?

—¿El cuento de la buena pipa y el de María Sarmiento? No tengas cuidado: esos cuentos son una broma; ahora voy a referirte uno interesante. Oyelo:

«Una vez había un príncipe chiflado y extravagante, que se pasaba las horas muertas dándose golpecitos en la nariz con una mano y chupándose un dedo de la otra como si fuera a tocar el cornetín. Además le encantaba correr a cuatro pies y que le llevaran a beber agua con un bocado puesto y unas riendas.

Por tales manías llamábanle las gentes el «Príncipe borriquito». Era tan miope que a cinco metros de distancia confundía una lechuga con un plumero. Además, era más chato y más calvo que una bola de billar.

Deseosos sus súbditos de curarle aficiones tan poco majestuosas como las citadas, apelaron a la intervención del hada Melindres, famosa en aquellos contornos por sus remedios contra las extravagancias.

Salió Melindres al encuentro del Príncipe Cachini, que así se llamaba, y al verle entregado a su manía del

«cornetín» y de los golpecitos, le amonestó severamente.

—No os extrañéis, buen hada, de lo que hago, pues habéis de saber que la Princesa Gosilda, mi prometida, está encantada hace mil doscientos años en el palacio de hielo de la maga Cavisoria, y, según me dijo en mi infancia una cotorra vieja, los golpecitos en la nariz y el chuparse el dedo ayudan a discurrir; y yo estoy siempre discurriendo para ver si doy con un medio de desencantar a Gosildita.

—Si quieres desencantar a tu prometida y casarte con ella, toma este anillo de plomo, este peine y estas gafas.

—¿Para qué quiero el peine si no tengo ni un pelo? ¿No sería mejor un lápiz para sacarme la raya? ¿Y de qué me van a servir las gafas si soy más chato que Chapete y se me van a caer en cuanto me las ponga?

—No seas necio, y déjate guiar por mí. Ponte el anillo en el dedo meñique de la mano izquierda y tendrás el poder de trasladarte donde quieras; cálate las gafas, y verás lo que se te antoje; y además se te corregirá el defecto de las narices. Peínate con ese

peinecillo y te saldrá el pelo inmediatamente. Además, todo cuanto toques con el peine se convertirá en flores.

Con tan buenas armas, se animó el Príncipe Cachini y se dispuso a ir en busca de Gosilda.

Calóse las gafas, y al momento le comenzó a brotar una nariz enorme, larga, ancha y picuda, monstruosa, y al mirar al través de los cristales vió a la bella Gosilda tomando un helado de fresa en el palacio de hielo.

El anillo le llevó en un periquete a la puerta del palacio, y allí comenzó a peinarse la calva con el peine de la maga, con lo que al instante comenzó a crecerle el pelo hasta tener casi melena.

Entró resueltamente en el helado edificio, no sin ponerse antes una bufanda para no constiparse.







Le salió al encuentro el portero, que no quería dejarle entrar creyendo que era un forajido melenudo; pero el príncipe le tocó con su peine mágico y le dejó convertido en lila.

Siguió adelante y encontró una porción de guerreros que le atajaban el paso amenazándole con sus armas; pero Cachini les tiró el peine y se convirtieron en jazmines, tulipanes, dalias y margaritas.

Prosiguió su camino, y por fin encontró a Gosilda, que estaba en su habitación chupando caramelos.

—¡Ah! —exclamó el príncipe.

—¡Oh! —exclamó la princesa.

—¡Uh! —gruñó de pronto la maga Cavisoria entrando en la habitación.— ¡Largo de aquí, si no quieres que te salga una oreja en cada dedo y dos patitas a cada lado de la nariz!

La amenaza, como comprenderéis, era horrible.

Pero Cachini tocó a Cavisoria con el peine, y la maga quedó convertida en un geranio; en un geranio tan feo y tan endeble, tan consumido por la envidia, que no floreció en ninguna parte. Los descendientes de este geranio son tan débiles como la maga, y la envidia que sienten por las otras flores no les deja medrar.

La princesa quedó aún más asombrada al ver el colosal poder de su prometido Cachini, al que no había visto desde hacía mil doscientos años de cuento.

Ambos «jóvenes», cogidos de la mano y mirando al techo, salieron tiritando del peligroso palacio de hielo, donde de un momento a otro podrían pescar una traidora pulmonía. Porque la verdad es que se helaba allí hasta la respiración.

Al franquear la salida comenzó a derretirse el palacio como un azucarrillo en un vaso de agua.



Las torres, antes cuadradas y recias, se fueron ablandando hasta tomar la forma de cucuruchos, sorbetes o sombreros hongos, y poco a poco se liquidaron hasta desaparecer en la terraza del palacio.

El resto del edificio corrió la misma suerte, y en un dos por tres quedó convertido en un enorme charco de agua helada y gris.

Entretanto el príncipe y la princesa contemplaban con un palmo de boca abierta aquella destrucción; miráronse luego el uno al otro, y, siempre cogidos de la mano, marcharon en busca de los papás de la princesa, que estaban algo intranquilos al ver que su niña faltaba de casa unos mil doscientos años... de cuento.

—¿Y qué fué del príncipe y la princesa?

—Le faltaría a este cuento un digno remate si no se hubieran casado. Fueron muy felices, y, según se cuenta, el príncipe no volvió a darse golpecitos en la nariz, ni a chuparse el dedo, ni a andar a cuatro pies por ninguna parte.

—Bueno, papá

—dijo Inesita, que había oído con gran atención aquel fantástico relato—; todo eso que me cuentas es muy bonito; pero no me has dicho cuál fué el final y paradero de aquel geranio tan endeble y consumido por la envidia. Sé, únicamente, que la maga Cavisoria quedó convertida en geranio al ser tocada por el peine de nuestro príncipe. ¿Pero qué tiene que ver esto con nuestro geranio?

—No siempre, hija mía, se apuran tanto los relatos que se dé cuenta minuciosa y detallada del remate y fin de todos los personajes del cuento. Mas, para que estés tranquila, te diré que el geranio, después de ser trasplantado varias veces, y a pesar de los cuidados de unas manos piadosas, que pusieron toda su buena voluntad en reanimarle, se secó sin poder dar ni una flor, y, por último, abandonado de todos, acabó su triste y miserable vida.

—¿Tan mala es la envidia?

—Lo es tanto, que no deja medrar a quien la siente. No albergues en tu pecho tan ruin pasión, si no quieres ser desgraciada por toda la vida.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido Chononcito.  
—Buenos días, amigo buho.  
—¿Qué te pasa? Parece que tienes mal humor.  
—Es cierto. Hoy estoy malhumorado, ¿sabes por qué?  
—Yo no.  
—Pues yo tampoco. Es uno de esos días que, sin saber la causa, tengo mal humor. Es decir, yo creo que lo que tengo es aburrimiento.

—Pues, para quitártelo, me tienes a mí aquí. A semejanza de lo que ocurría en tiempo de la Edad Media, tu harás de dama aburrida y yo haré de trovador, ¿qué te parece?

—No está mal. Pero creo que sería más acertado que yo hiciese de caballero aburrido, porque no recuerdo haber visto ninguna estampa de la Edad Media, ni de ninguna edad, en que las damas aparezcan vestidas con pantalón corto y gorro de punto.

—Bueno; pues conforme. Tú serás el caballero aburrido y yo el trovador.

—¿Pero es cierto eso de que ha habido trovadores?

—Ciertísimo. En aquellas épocas el trovador era necesario. Los caballeros y las damas nobles no disponían para matar sus ratos de ocio de libros ni de periódicos como ahora. Los pocos libros que había manuscritos corrían tan sólo por los conventos, y en los palacios y castillos la gente señorial se aburría como ostras.

—¿Se aburren mucho las ostras?

—No creo que se aburran ni más ni menos que los demás moluscos, pero es un decir. Los trovadores eran poetas aventureros que iban errantes por el mundo, ya solos o ya acompañados de un juglar.

—¿Qué hacía el juglar?

—Tocaba el laúd, el arpa o la cítara y acompañaba al trovador en sus canciones. Uno y otro eran como pájaros que alegraban la vida de los poderosos. O si no la alegraban, por lo menos la distraían. Se situaban entre la enramada de los jardines para que sus canciones fuesen oídas por los moradores de los castillos y palacios. Estos, tan pronto percibían los acentos del trovador, le abrían las puertas de par en par y les hacían pasar a sus habitaciones. En ellas cantaba el trovador sus romances, y, a cambio de ellos, recibía de los señores monedas y provisiones de viaje. De esta forma, y andando de ciudad en ciudad y de castillo en castillo, iban llevando su vida, que era como un cascabel que alegraba la de los demás.

—Pues, como buen trovador, debes contarme alguno de esos romances, y yo, como buen caballero, te regalaré después, si es que el romance me gusta, una magnífica caja de cañamones revestidos de chocolate.

—Pues ahí va. Se llama el «Romance del caballero de Mantua».

—Venga el romance, que ya estoy impaciente.

—Salí una tarde de su castillo el marqués de Mantua acompañado de muchos caballeros para dar una batida de reses por los

bosques que rodeaban su morada. Era un día en extremo caluroso, y a poco de emprender la marcha se detuvieron para tomar algún alimento a la fresca orilla de un riachuelo. Abstraídos estaban en amena conversación, cuando de improviso se les apareció un hermosísimo ciervo que iba en busca del riachuelo para apaciguar su sed. Al ver tan hermoso ejemplar, se resolvieron todos a darle caza, y unos por aquí y otros por allá, emprendieron la persecución del animal. Ninguno logró darle alcance, y como la persecución fué desordenada y confusa, se hallaron los cazadores completamente aislados unos de otros. Cuando cerró la noche, el marqués de Mantua se halló solo en el bosque. Tocó su cuerno de caza para ver si lograba ser oído por alguno de sus compañeros, pero todo fué en vano. Silencio y sombras por todas partes. Así pasó varios días y varias noches, perdido y sin cesar de andar, cuando, de repente, encontró, bajo sus pies, el cuerpo de un caballero que, tendido en tierra, y con voz casi imperceptible, se quejaba y decía: «¿Dónde estás, señora mía. — que no te duele mi mal? — O no lo sabes, señora, — o eres falsa y desleal. — ¡Oh, noble marqués de Mantua, — mi señor tío carnal! — ¿Adónde estás que no oís — mi doloroso quejar?»

—¿Entonces era su sobrino el que así se quejaba?

—El mismo. El marqués, después de lavarle la sangre, que le cubría el rostro, reconoció en él a su sobrino Valdovinos, hijo del rey de Dacia. Con palabras entrecortadas contó a su tío que el príncipe Carloto, hijo del emperador Carlomagno, era, por envidias y ambiciones, enemigo suyo, y fingiéndole una falsa amistad le había invitado a una cacería, y cuando los dos estuvieron solos en aquel mismo sitio donde le había hallado tendido, recibió por la espalda una herida de daga que le hizo caer ensangrentado. Carloto le creyó muerto y huyó por la espesura, dejándole allí abandonado.

—Merecía un castigo ejemplar.

—Y se lo dieron, querido Chonón. Valdovinos expiró cuando acabó de contar a su tío la triste historia, y entonces, el de Mantua juró vengar en justicia la artera muerte de su sobrino.

—Pero difícil le sería conseguir justicia si el que había de administrarla era Carlomagno, el propio padre del traidor.

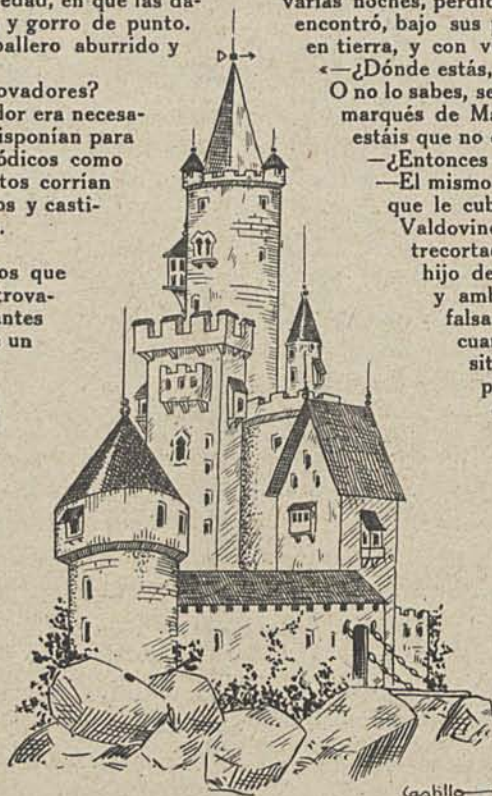
—Pues la consiguió. El marqués de Mantua se presentó al emperador y le denunció la fechoría que había cometido su hijo. Ya puedes comprender la congoja que esta acusación le produjo. Pero amante sin igual de la justicia, y no queriendo ser él el propio juez de su hijo, nombró

un Consejo de nobles, que lo condenó primero a ser arrastrado, luego a ser decapitado y a que le cortasen manos y pies por último.

—¿Y se cumplió la sentencia?

—Con toda fidelidad. Bueno, querido Chonón. El romance se ha acabado. Venga la caja de cañamones.

—Tómala, y anda con tus romances a distraer a otro caballero aburrido, que a mí ya me has sacado de mi aburrimiento.



Castillo

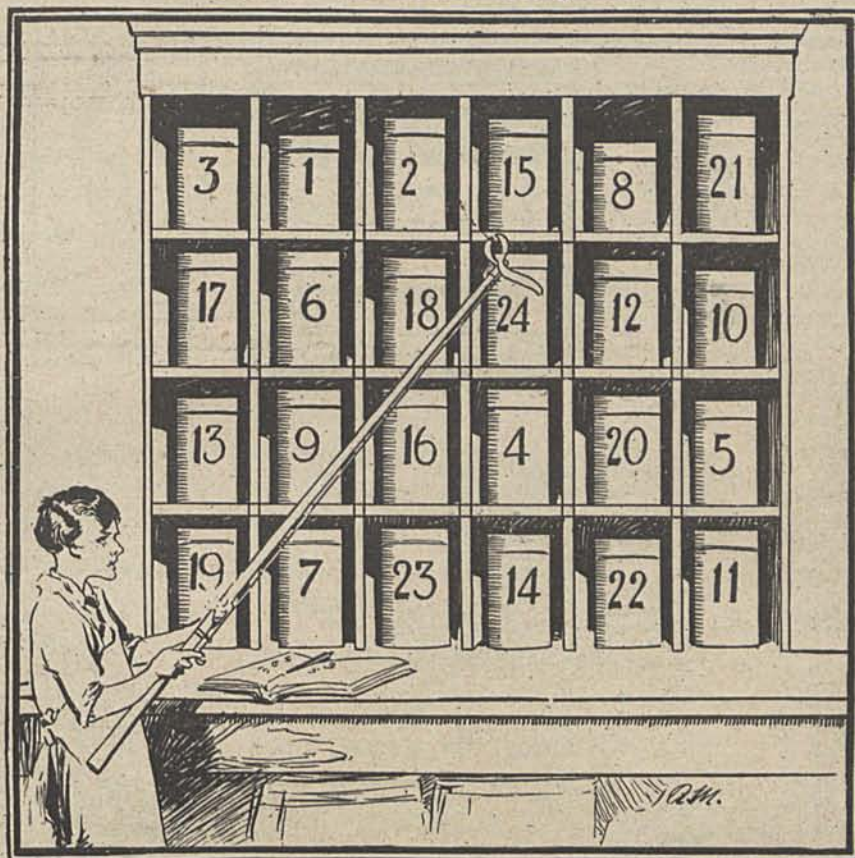




# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## CAMBIO DE CAJAS

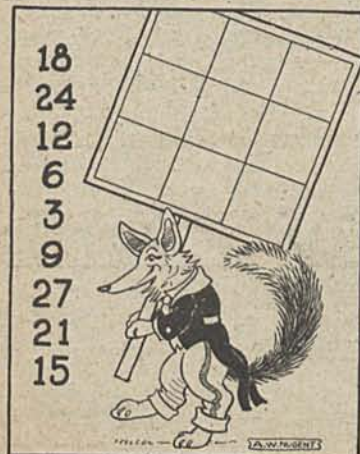


Fué en una sombrerería donde presencié este curioso problema. Después de un día de mucha venta, al llegar la noche, y como era tarde, los dependientes colocaron las cajas en el estante apresuradamente y, por consiguiente, mal.

A la mañana siguiente entré a comprarme un gorro, pues Chapete me había cortado el mío con una tijera. ¡Bromas de Chapete! El dependiente se volvió loco buscando la caja de los gorros, y yo exclamé: «Si estuvieran bien colocadas las cajas, ya la habria encontrado.» «Sí», replicó el dependiente; «pero ahora no me voy a entretener en colocarlas bien; se tarda mucho.» «Yo soy capaz» le dije, «de hacerlo en diecisiete movimientos nada más...» Y lo hice, pues por algo os estoy haciendo problemas hace tres años.

Para hacerlo vosotros habéis de tener en cuenta lo siguiente: No se pueden cambiar al mismo tiempo más de dos cajas; por ejemplo, se empezará por la caja número 1 y la 3, la 2 y la 3, y después se harán los movimientos saltando los números de las cajas. Al acabar estará la 1 en el primer lugar de la tabla superior, a la izquierda, y la 24 en el último lugar de la tabla inferior, a la derecha.

## CUADRO MÁGICO



En este cuadro que lleva el zorro a cuestas y que tiene nueve cuadritos, habéis de colocar las nueve cantidades que hay colocadas al extremo del dibujo. La colocación se hará de modo que las cantidades de las líneas horizontales, verticales y las dos diagonales del centro sumen cada una 45.

## ROMPECABEZAS

Este originalísimo rompecabezas os va a dar que hacer. Se trata de buscar una cabra y un zorro. La cabra está de pie a la izquierda del dibujo; los cuernos casi tocan con la parte superior del dibujo y el rabito con la línea izquierda del mismo. El rabo del zorro toca con la línea inferior del dibujo. Dicho zorro también está bailando de pie, frente a la cabra. Hay que ir borrando las líneas que sobran, hasta que quede dibujado el zorro y la cabra. Para que os sea más fácil, yo os borro algunas, para daros una idea y que podáis seguir.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi casita de verano.  
MAPÍA TERESA HERRANZ.



Una pinochista.  
M.ª LUISA ABAL.



Un telefonista.  
LOLITA ARENAS.



Un partido de fútbol.  
J. GONZÁLEZ.



Un sueño delicioso.  
JORGE GONZÁLEZ.

**Cuento.**  
Un baturro muy ladino debía cierta cantidad a su vecino Paneracio, para cuyo pago fué a consultar a un letrado.  
—¿Dióle usted recibo? —preguntó el letrado.  
—No, señor.  
—Pues ese dinero se lo ahorra usted.  
—Y quién me responde? —le preguntó el baturro.  
—Yo —contestó el letrado.  
Libre ya de aquel trabajo, despidióse el letrado del baturro; pero antes de llegar a la puerta le dijo el letrado:  
—¡Pero qué! ¿Así se retira usted sin pagarme mi trabajo?  
—¿Di a usted recibo? —dijo el baturro muy formal.  
—No, tal.  
—Pues ese dinero me lo ahorro yo —dijo el baturro.



Un castillo.  
MARÍA L. BOUDAHANDY.



El fantasma de los aires.  
TOMÁS KROGER.



Un barco.  
JUAN MANUEL.

### CHISTES

Llega a su casa un señor con una borrachera y se pone a abrir la puerta de su casa con un cigarro puro.  
Llega el sereno y le dice:  
—Pero hombre; ¡está usted abriendo con un cigarro!  
El borracho, echando mano al bolsillo, dice:  
—Entonces me he fumado la llave.

Un tabernero cierra, durante dos horas, la puerta de su establecimiento con el objeto de echar agua al vino, y pone en la puerta un cartel que dice:  
«Cerrado por bautizo.»

¿Cuál es el animal más divertido del mundo?  
El burro; porque no hay un burro que «sea-burras».

De los empleados del Ayuntamiento, ¿cuál es el que tiene mejor humor?  
El barrendero, porque «va-riendo».

Un sargento se puso a pasar lista, y dice:

—«Fulano de tal.» «Presente.» «Fulano de tal.» «Presente.» «Fulanó de tal.» «Presente.»

Y así llega abajo de la hoja, y dice:  
—«Simón Seguí.» Nadie contesta.  
«Simón Seguí.» Nada. «Simón Seguí.» Nada.

Da la vuelta a la hoja, sigue leyendo y termina de pasar lista.

Va al capitán y le dice:

—A la orden de usted, mi capitán. No hay más novedad que la falta de Simón Seguí.

—¿Simón Seguí?

El capitán, cogiendo la hoja, le dice:  
—¡Pero hombre! ¡¡Suma y sigue!!

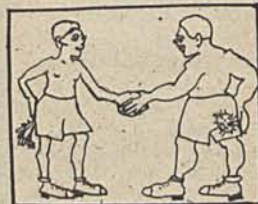
M.ª ASUNCIÓN RODRÍGUEZ GARCÍA.

Diez años.

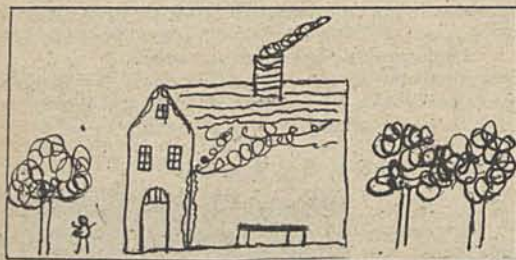
M. GARAY  
14 años.



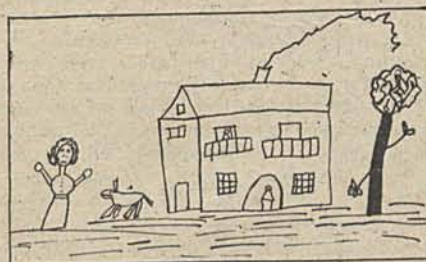
Un cabriolet.  
FERNANDO DE LAFI-  
GUERRA.



Dos boxeadores.  
LOLA MUÑOZ.



Mi casita de campo.  
MARÍA AMPARO CUIÑAS.



En pleno campo.  
CARMEN HERNÁNDEZ.



Morronguis.  
DOLORES MUÑOZ.



Un pájaro.  
B. DE BUSTOS.



Currinche.  
ANITA MAR-  
TINEZ.



Castillo.  
P. MUÑOZ.



Currinche, en la playa.  
EDUARDO LACORT.



# COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

Para Ernestito Orellana y Silva, al perder su primer diente.—SU PAPÁ.

Ernestito: Voy a complacerte escribiendo algo para PINOCHO, y ojalá queden grabadas en tu imaginación las advertencias y los razonamientos que pretendo hacerte.

Acabas de cumplir siete años y ya te domina el vértigo de los periódicos y de los cuentos, haciendo, primero, que te los leyerá mamá, o titi o cualquiera que cogias por tu cuenta, y ensimismándote hoy tú solo horas enteras con las hazañas de Tin y Tón, con «Polito en la Ciudad de Oro» y con las gracias de Currinche. Bien vamos hasta hoy con este grupo de personajes que *tratas*, presentados por tu predilecto Pinocho. Ya lees sólo, y por ello estoy satisfecho y alarmado. Satisfecho, porque el hombre analfabeto es menospreciado en la sociedad. (Tú ya sabes que ser analfabeto es no conocer ni las letras.) Alarmado, porque el hombre que sabe leer como tú, o sea, enterándose de lo que lee, puede ser muy desgraciado, si lo que lee son libros malos.

Cuando seas mayor, ya procuraré, Dios mediante, hacerte comprender cuáles son buenos y cuáles son malos; pero entre tanto, debo advertirte, hoy que todo lo escuchas con mucha atención, que siempre que hayas de leer algún libro o algún periódico nos preguntes antes si puedes leerlo. De escritura no te digo nada, porque como no has decidido pasar de los palotes y las curvas, no hay peligro de que te falsifiquen la firma. De aritmética me agrada lo que sabes, porque jugando jugando has llegado a sumar muy bien. En la vida, lo práctico es esto, hijo mío: sumar, siempre sumar. Siendo atento con todo el mundo, se suman simpatías, y éstas abren las puertas del porvenir. Siendo esquivo y desatento con las personas, no se suman simpatías, sino que se restan, y se queda uno solo, sin amigos y sin porvenir. El porvenir es lo más interesante de la vida, porque no lo conocemos y lo esperamos. Es lo mismo que cuando Polito se acercaba a la Ciudad de Oro, que cogias el PINOCHO con vivísimo deseo y rompías la faja, nervioso, buscando la página de esa aventura. Cuando te veo construyendo con el Mecano esas grúas y esas máquinas tan diversas, sin tenerte que señalar las piezas correspondientes, creo que vas a ser buen mecánico. Cuando te oigo leer con tan clara pronunciación y buen sentido cualquier cuentecito y me persuado de que te das perfecta cuenta de lo que lees, creo que has de tener talento y pienso en que puedas ser hombre de estudios universitarios. Cuando te veo hacer rápidamente una suma de varios sumandos, creo que habrás de llegar a ser un comerciante excelente. Y cuando te veo delirar por los dibujos y modelos de aeroplanos, de hidros, de dirigibles, y hablas de las piezas de ellos con tanto entusiasmo y te emocionas de alegría al ver pasar alguno por este cielo tan azul de tu Cádiz, tiemblo al pensar que te inclines a esa profesión tan peligrosa. Pues a pesar de todo esto que yo pienso, puedes no llegar a ser ni mecánico, ni abogado, ni doctor en Ciencias, ni comerciante, ni aviador, si no adoptas como norma de tu vida la obediencia, la humildad y el convencimiento de que hemos venido a la vida a trabajar y a servir a los demás.

Hoy, a tus padres; mañana, a tus amigos y condiscípulos, y más tarde, a la sociedad y a la humanidad. Siempre hemos de procurar hacer bien a alguien, porque así labramos el bien propio. Ya ves, Ernestito, si es más difícil conocer el porvenir que el desenlace de «Polito en la Ciudad de Oro».

Sigue aplicadito, obediente y estudioso. No te riñas con tu hermanita María Mercedes, porque con las niñas, por ser niñas, hay que ser siempre más tolerantes y condescendientes que con los niños. Y siempre, en la vida, cuando seas mayor, donde encuentres una mujer, has de mirarla con más respeto que a los hombres, porque son más débiles y necesitan de nosotros. De tu excelente condición de decir siempre, siempre, en todo momento, por grave que sea, *la verdad de todo*, no tengo sino que aplaudirte. Así son los hombres. Desde niños se ven los que han de ser hombres y los que han de ser títeres. Los que dicen una mentira siquiera, ya dejan de ser hombres, para convertirse en títeres.

—¿Quién ha roto este vaso?

—Yo, papá; que no me fijé...

Así contestan los niños que no quieren ser títeres.

—¿Tú has empujado a María Mercedes, que la veo llorando?

—Sí, papá; porque se pone muy pesada y no quiere sentarse conmigo en el aeroplano.

Así se contesta, porque los hombres dicen siempre la verdad; pero eso no se hace, porque tú tienes que respetar siempre el gusto de ella, aunque pretendas hacer el tuyo, y cuando ella no acceda a tu deseo, al indicárselo debes apelar a convencerla de que es muy bonito ir en aeroplano viendo debajo las ciudades y los campos, aunque no se muevan los sillones con que formas las alas y la cabina. Y si tampoco se convence, le ruegas que te dé gusto, y si tampoco quiere, prescinde de ella

y llama a tití, a mamá o a mí, que cualquiera nos sentamos un momento de observador contigo en el aparato, y de ese modo aprendes en la vida a prescindir de los que no quieren ayudarnos en nuestras ilusiones, pero sin reñirnos con ellos y sin despreciarlos, porque al día siguiente o al momento pueden servirnos para otra cosa. En fin, Ernestito; ya no te hablo más por hoy desde PINOCHO, porque tengo que hacer números y anotar contratos y trabajar y convencer a la humanidad de que el Seguro es la idea genial de un filántropo.

—¿Tú sabes lo que es un filántropo?

Por ahora no puedo explicártelo; otro día hablaremos de ello. Dios quiera que la vida me depare ocasión para hablarte durante los quince o veinte años que necesitas de un guía, de un tutor, de un consejero, y que si la Providencia no me permitiera esto, antes prefiero verte con Paquito en el Cielo. ¡Pobre Paquito! Paquito ha de ser tu talismán, tu varita de virtud, tu duende encantado. Si algún día hicieras una cosa que no debías hacerla, Paquito sentirá pena en el Cielo, y siempre que hagas todo lo que te señalamos como bueno, él reirá, y disfrutará en su gloria viendo que su hermanito Teté (como él te decía cuando eras tú tan chiquito) es bueno y es cariñoso. Ya estás complacido, hijo mío. Voy a firmar con el seudónimo que él conoció y que añadía, imperturbable, a su último apellidado cuando alguien le preguntaba su nombre.—EL BARÓN DE ALMAJAR.





# SECCIÓN PIRULA



## CHARLAS DE PIRULA... TAPICERA

*Almohadones de Pascuas.*—En mis tiempos... empieza mamá.

Y Mari-Luz ya se apresta a su exclamación habitual:

—¡Ay!, mamá, qué

desgraciadas debían de ser las niñas de «tus tiempos».

Y mamá rie y dice:

—No, no éramos desgraciadas... pero sois más dichosas las niñas de ahora.

Y es verdad. Las niñas «en tiempos de mamá» no tenían, ni aun las más favorecidas por la suerte, muchas de las ventajas que hoy disfruta cualquier Pirulinda; no jugaban al *tennis*, ni al *base-ball*; no bailaban el «charles» —alguna polkita de vez en cuando, y gracias—; no iban al cine nunca, nunca —os lo aseguro y supongo que me creeréis— y no les ponían árbol de Noé, ni les regalaban huevos de Pascuas, por lo menos en España.

¡Ah! ¡Los huevos de Pascuas! Con la carta a los Reyes Magos, la elección de regalos familiares del día de su santo, los preparativos del veraneo, el disfraz carnavalesco, las maravillas a colgar del abeto de Navidad y las figuritas del Nacimiento, estos huevos constituyen una de las grandes preocupaciones anuales de Mari-Luz, su hermanita y sus tres hermanos.

Papá y mamá tienen la costumbre de comprar once huevos de Pascuas, cinco de azúcar rosa o blanca, cinco de chocolate y uno «de sorpresa»; es decir, de raso o de cartón pintado, o de mimbre o de celuloide, que contiene un juguete microscópico, o un dije, o un neceser de uñas o de costura, etc., etc.

Y el domingo de Pascuas, gran algazara; papá y mamá esconden por toda la casa los diez huevos «de golosina», y ¡a buscar!

Cada niño tiene derecho a dos, una vez encontrados los cuales queda excluido del juego. Encontrados —y comidos— los diez huevos, se esconde el oncenno, el «de sorpresa». Gran emoción: ¿quién lo encontrará?

Como veis, el domingo de Pascuas es un día grande para Mari-Luz y sus hermanos; pero es uno de esos días de los cuales, luego, sólo queda el recuerdo para cuatro de los cinco chicos; al quinto, además del recuerdo, le queda el «huevo de sorpresa».

Pues bien; para que a todas las Pirulindas les quede un recuerdo perenne de estos días de Resurrección he ideado unos «almohado-

nes de Pascuas» que fabricaréis precisamente estos días; creo que os gustarán los modelos que hoy os presento.

Uno representa un huevo de cuyo cascarrón acaba de surgir un pollito. El otro no representa, en verdad, ningún huevo... pero si la gallina que lo está incubando.

Para hacer estos almohadones se reproduce el dibujo ampliado sobre un trozo de tela ordinaria; luego, se recortan en telas de colores adecuados —con preferencia bayeta o paño— las diversas partes del motivo y se pegan, adaptándolas a los lugares que les corresponden en el dibujo.

El huevo será blanco, naturalmente, y el pollito, naturalmente también, amarillo. El ojo puede bordarse en negro, a punto de nudo.

La gallina se hace en gris y rojo; la paja sobre la cual descansa, amarillo pálido, y el cesto, amarillo ocre o castaño.

## PIRULA REPOSTERA

*Un pastel que se hace sin lumbre.*—He recibido una carta de una de mis más jóvenes Pirulindas, que dice casi así: («casi», porque la ortografía no es del todo igual).

«Querida y admirada Pirula:

Tus recetas de cocina están muy bien para que las lectoras no muy viejas como soy yo, que tengo siete años y medio, nos las comamos, pero no para que las hagamos; dice mi mamá que tiene miedo a que me abrase si cocino en la lumbre, aunque sea en el fogoncito de alcohol que me han traído los Reyes.

Y yo estoy muy triste con eso de no poder hacer los guisos que dices.

¿No se te podría ocurrir algo que yo pudiera hacer sin miedo a quemarme?

Te manda muchos besos tu siempre segura servidora y Pirulinda, Pituchi».

Me parece muy bien la petición de mi amiga Pituchi, y para que puedan confeccionarlo sin peligro todas las Pirulindas de su edad... y las demás también, ahí va un pastel que se hace sin necesidad de que la repostera se acerque a la lumbre:

Los ingredientes necesarios son pocos y de un precio moderado: un tarrito de dulce de albaricoque, de fresa o de grosella, y unos bizcochos de esos largos, que se venden pegados sobre tira de papel, o, si se prefiere, mojicones.

Se coge un molde, cuyo interior se unta con un poco de mantequilla y que ha sido previamente calentado al baño-maria; en el fondo del molde se coloca un redondel de papel pergamino, también untado de mantequilla.

Se dispone entonces en el molde una capa de bizcochos o de mojicones cortados en rajas y se cubren con dulce; luego otra capa de bizcochos y otra de dulce, y así sucesivamente, hasta llenar el molde «con exceso». Sobre la última capa de bizcochos se coloca otro papel pergamino untado de mantequilla y un peso fuerte, que puede ser una plancha de hierro, una piedra, etc.

A las dos horas se saca el pastel del molde y se cubre todo él con un poco del mismo dulce, diluido con un poco de «kirsch», mezclado con agua.

Brindemos el madrinazgo de este pastel, fácil de hacer, gustoso de comer, económico y, sobre todo, tan inofensivo de confeccionar cual de digerir, a la Pirulindita cuya carta me ha inspirado la receta.

Nuestro pastel se llamará: «Pastel Pituchi».

